

Comprender el Siglo de Asia

Kishore Mahbubani

Decano de la Lee Kuan Yew School of Public Policy de la Universidad Nacional de Singapur y autor del libro *The New Asian Hemisphere: the Irresistible Shift of Global Power to the East* (2008).

Síntesis

El auge de Asia supondrá una transformación de la misma envergadura que ese crecimiento y tendrá efectos positivos en el mundo, al permitir que centenares de millones de personas salgan de la pobreza y observar con optimismo su futuro. Este desarrollo humano y económico sin precedentes, está teniendo lugar gracias a que los países asiáticos, como India o China, han adoptado de forma pragmática los siete pilares que fueron en su momento claves para el desarrollo de los países occidentales: economía de libre mercado, ciencia y tecnología, meritocracia, pragmatismo, cultura de la paz, Estado de derecho y educación.

Con el retorno natural de Asia al centro del escenario de la historia mundial, ha llegado también de manera natural el momento de reestructurar el orden mundial, cuyas principales instituciones, deberán impregnarse del espíritu de la democracia a la gobernanza y a la toma de decisiones globales, adoptando un proceso claro y transparente para elegir a sus líderes a partir de criterios meritocráticos, en los que la nacionalidad no sea ya la consideración clave, y en la que Asia no se sienta excluida. El resurgir del continente supone una oportunidad para incrementar la estabilidad global, generando alternativas a los frustrados modelos occidentales de cooperación internacional y cobijando a cada vez más habitantes de la Tierra, bajo regímenes sociales y políticos caracterizados por la democracia, el Estado de derecho y la justicia social. Por su parte, los poderes occidentales –y en particular Europa y Estados Unidos–, deberían facilitar la inserción de estos nuevos polos de poder mediante políticas creativas, flexibles y sustentadas en el sentido común y el pragmatismo.

El nuevo auge de Asia transformará el mundo

El auge de Occidente transformó el mundo. El auge de Asia supondrá una transformación de la misma envergadura y

tendrá efectos positivos en el mundo, al permitir que centenares de millones de personas sean rescatados de las bolsas de pobreza. La modernización de China ya ha reducido de seiscientos a doscientos millones el número de chinos que viven en la extrema pobreza, y el crecimiento de India también está teniendo un impacto significativo. De hecho, una de las razones clave que explica por qué Naciones Unidas conseguirá cumplir uno de sus Objetivos de Desarrollo del Milenio de reducir a la mitad la pobreza en el mundo en el horizonte 2015 será el éxito de China y de India a la hora de reducir significativamente la pobreza. Si atendemos a los criterios de cualquier filósofo moral occidental, desde los pensadores utilitaristas británicos del siglo XIX hasta los imperativos morales de Immanuel Kant, no cabe duda de que el auge de Asia ha supuesto el advenimiento de más “bien” en el mundo. En términos puramente éticos, Occidente debería

acoger con satisfacción la transformación de la condición de Asia.

Pero los beneficios del auge de Asia van más allá de las consideraciones éticas. El mundo en su conjunto será más pacífico y estable. En septiembre de 2005, Robert Zoellick, presidente del Banco Mundial, hizo un llamamiento a China para que este

país se convirtiera en un “socio responsable” dentro del sistema internacional. Desde entonces, China ha respondido positivamente a este llamamiento. De hecho, la mayor parte de los asiáticos desean convertirse en agentes responsables dentro del sistema internacional. Las últimas décadas han puesto de manifiesto que los asiáticos se han convertido en los principales beneficiarios del orden multilateral abierto creado por Estados Unidos y los vencedores de la Segunda Guerra Mundial en 1945. Hoy en día son pocas las sociedades asiáticas que desean desestabilizar un sistema que les ha ayudado.

Sin embargo, Asia y Occidente todavía tienen que ponerse de acuerdo sobre la naturaleza de este nuevo mundo. Las decisiones que adoptemos hoy podrían determinar el rumbo del siglo XXI. Nunca antes habíamos dispuesto de tal potencial para crear un mundo mejor para los 6.500 millones de personas que habitan nuestro planeta. Es evidente

que el mapa mental de quienes lideran el mundo, en especial en Occidente, está anclado en el pasado, y que estos dirigentes son reticentes o incapaces de concebir la posibilidad de tener que cambiar su perspectiva respecto al mundo. Pero si no lo hacen, cometerán errores estratégicos de escala tal vez catastrófica.

Durante la mayor parte de las tres décadas anteriores, las decisiones que han determinado el curso de la historia se tomaban en unas pocas capitales occidentales clave. Hoy en día, los 5.600 millones de personas que viven fuera del universo occidental ya no aceptarán que las capitales occidentales tomen decisiones en su nombre. El número de personas en todo el mundo que aspira al sueño occidental de una confortable existencia de clase media nunca había sido tan elevado. Durante siglos, los chinos y los indios no podían aspirar a ello pero, actualmente, cada vez son más los que creen

que esta aspiración está a su alcance. Su ideal es lograr lo que Estados Unidos y Europa han conseguido. Quieren copiar a Occidente, no dominarlo. Pocas personas en Occidente han entendido el verdadero significado de las dos características más destacadas de nuestro período histórico. En primer lugar, hemos llegado al fin de la era de dominación de la historia mundial por parte de Occidente (aunque no signifique el fin de Occidente). En segundo lugar, asistiremos a un formidable renacimiento de las sociedades asiáticas.

Los siete pilares del sabiduría occidental

Desde el punto de vista histórico, en el siglo I, Asia representaba el 76,3% del PIB mundial, mientras que Europa Occidental sólo representaba el 10,8%. En el año 1000, el peso de Europa Occidental en el PIB mundial era del 8,7%, mientras que Asia suponía un 70,3%. El equilibrio de la balanza empezó a cambiar con la Revolución Industrial. En 1820, la parte de Europa Occidental en el PIB mundial había aumentado hasta alcanzar el 23,6%, mientras que el peso de Asia se había reducido hasta el 59,2%. En 1998, el PIB combinado de Occidente, incluyendo a Estados Unidos, Europa, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, representaba más del 60% del PIB mundial. Dicho de otro modo, el auge de Occidente se produjo muy deprisa, en los últimos 200 años. Durante la inmensa mayoría de la historia, Asia, con la mayor proporción de población mundial, ha representado la mayor parte de la economía mundial.

Teniendo en cuenta estos antecedentes históricos, no debería sorprendernos la predicción que hace el famoso estudio

de Goldman Sachs sobre los BRIC, en el que se prevé que en el horizonte 2050, las cuatro economías más grandes del mundo serán, por este orden: China, Estados Unidos, India y Japón. Es curioso sin embargo que, a pesar de que el mundo está volviendo a la norma histórica por lo que atañe al lugar de las sociedades asiáticas en la jerarquía de sociedades y civilizaciones del mundo, el éxito de las sociedades asiáticas no se debe a que éstas hayan redescubierto alguna fortaleza propia oculta u olvidada. Por el contrario, están emergiendo ahora porque, a través de un proceso lento y doloroso, han descubierto finalmente los siete pilares de la sabiduría occidental que han apuntalado el progreso de Occidente, permitiendo a éste superar a las sociedades asiáticas en los dos últimos siglos.

Al empezar a implementar estos pilares, las sociedades asiáticas han despegado. Si el resto del mundo hiciera lo mismo, el mundo entero podría perfectamente sumarse a la trayectoria de Asia. Estos siete pilares son:

economía de libre mercado, ciencia y tecnología, meritocracia, pragmatismo, cultura de la paz, Estado de derecho y educación. Una breve exposición sobre cada uno de estos pilares nos permitirá ilustrar cómo ha contribuido cada uno de ellos al auge de Asia.

Economía de libre mercado

Los chinos son sin duda uno de los pueblos más diligentes del mundo. Basta con observar el enorme éxito alcanzado por los chinos que viven fuera de su país en prácticamente todas las sociedades a las que han inmigrado. De hecho, fue el aparente éxito de los chinos del exterior y la baja productividad de los nativos lo que confirmó la sospecha de Deng de que China había optado por el sistema económico equivocado, el modelo de producción marxista leninista. Cuando Mao Zedong se hizo con el control total de China en 1949, implantó con toda firmeza el modelo de planificación centralizada. Sin embargo, la gran ironía de la historia económica de China es que el país sólo logró crecer tras abandonar los principios de planificación centralizada de Mao e introducir una economía de libre mercado. De 1978 a 2004, el PIB de China aumentó de 147.300 millones de dólares a 1,65 billones de dólares, con un crecimiento medio anual del 9,4%, mientras que el número de pobres en zonas rurales se redujo de 250 millones a 26 millones.

Todas las sociedades asiáticas que han implantado la economía de libre mercado han experimentado un crecimiento espectacular. Pero el beneficio real de la introducción de la economía de libre mercado es su impacto en la reducción de la pobreza. Centenares de millones de asiáticos se han

beneficiado de ello. En 2006, el 5% más pobre de la población mundial vivía en Asia; en el horizonte 2030, la previsión apunta a que dicha cifra sería tan sólo del 1% (una quinta parte). Al adaptar los principios de la economía de libre mercado, la mayoría de las sociedades asiáticas también podrán abandonar su tradicional enfoque jerárquico verticalista de toma de decisiones, orientándose a un nuevo enfoque donde la toma de decisiones se produce de abajo arriba, lo que tendrá un impacto democratizador significativo en varias sociedades asiáticas, incluidas aquellas que no cuentan con sistemas políticos democráticos formales.

Ciencia y Tecnología

Los asiáticos también están absorbiendo e implantando con éxito el segundo pilar de la sabiduría occidental: Ciencia y Tecnología (C+T). Hasta aproximadamente los siglos XVII y XVIII, el desarrollo científico de Asia iba más o menos a la par del de Europa. A partir de ese momento, con una enorme explosión de creatividad en materia de C+T, Europa dio un gran salto adelante. No conocemos realmente las razones de este salto de Occidente, pero sí conocemos algunas de las razones por las que Asia se quedó atrás: una mentalidad religiosa que rechazaba el mundo material, no creer en la idea del "progreso" humano, una deferencia ante la autoridad y la ausencia de pensamiento crítico.

Se consideraba que esta brecha entre Occidente y las mentalidades asiáticas era algo eterno. Así pues, es asombroso observar hasta qué punto los asiáticos han llegado a dominar la investigación en C+T. El informe del Banco Mundial "Perspectivas Económicas Mundiales: afrontar la nueva etapa de la globalización" publicado en el 2007, reveló que el número de estudiantes asiáticos que obtenía doctorados en ciencia e ingeniería en Estados Unidos había aumentado considerablemente. El impulso en materia de ciencia ya ha dado frutos en las economías en desarrollo de Asia: según la US National Science Foundation, el peso de Asia en las exportaciones mundiales de alta tecnología aumentó del 7% en 1980 al 25% en 2001, mientras que Estados Unidos pasó del 31% al 18%.

Esta explosión de investigación asiática en C+T es resultado de algunas decisiones acertadas que se tomaron hace varias décadas. Por ejemplo, en India, el primer ministro fundador del país, Jawaharlal Nehru, contribuyó a la apertura del primer Indian Institute of Technology (ITT) en 1951. La admisión en el IIT se basaba exclusivamente en los méritos, y ya

en 2002, sólo el 2,3% de los candidatos conseguían ser admitidos en los centros del IIT. Habida cuenta de la enorme cantera de talento existente en India, se garantizaba así que los centros del IIT terminarían acogiendo a los mejores talentos de todo el mundo.

"Todas las sociedades asiáticas que han implantado la economía de libre mercado han experimentado un crecimiento espectacular. Pero el beneficio real de la introducción de la economía de libre mercado es su impacto en la reducción de la pobreza. Centenares de millones de asiáticos se han beneficiado de ello."

Inevitablemente, parte de este potencial de cerebros con talento y formación científica fue absorbida por las ricas instituciones de Estados Unidos y de Europa. Desde una perspectiva superficial, podría considerarse una pérdida para India. Afortunadamente,

algunas voces, como la del fallecido ex primer ministro, Rajiv Gandhi, proclamaban "Prefiero una fuga de cerebros que un cerebro en el sumidero" ("*Better a brain drain than a brain in the drain*"), haciendo un juego de palabras en inglés con la doble acepción del término *drain*. El éxito de los profesionales procedentes del Indian Institute of Technology (ITT) y de otros licenciados indios en Estados Unidos generó dos enormes beneficios para India. En primer lugar, proporcionó un impulso masivo a la autoestima cultural de un país que había sido colonia británica durante siglos. En segundo lugar, muchos indios que alcanzaron el éxito en Occidente iniciaron luego una nueva fuga de cerebros a la inversa, en dirección a India. Cuando regresaban, eran más ricos tanto desde el punto de vista material como en experiencia, contribuyendo en muy gran medida al desarrollo de su país.

Meritocracia

El principio de la meritocracia es asombrosamente sencillo. Establece que, habida cuenta de que todo individuo en una sociedad constituye un recurso potencial, debería darse a todo el mundo las mismas oportunidades para desarrollarse y contribuir a la sociedad. No debería despreciarse ningún talento. Prácticamente todas las organizaciones humanas que alcanzan el éxito lo hacen porque aplican con rigor el principio de la meritocracia. La forma más sencilla de entender las virtudes de la meritocracia es hacerse la siguiente pregunta: ¿por qué Brasil es sistemáticamente una superpotencia en el fútbol y no es todavía una superpotencia económica? La respuesta es que cuando busca talento para el fútbol, lo hace en todos los sectores de la población, desde las clases altas hasta las favelas. Pero en el ámbito económico, Brasil busca el talento en una base de población mucho más reducida, fundamentalmente entre las clases altas y medias.

Durante siglos, las sociedades asiáticas han evitado aplicar la meritocracia. Las mentalidades feudales, que fueron de-

sapareciendo progresivamente en Europa a partir de la Revolución Industrial, han persistido perniciosamente en Asia. En India, por ejemplo, era inconcebible que un niño de la casta de los intocables pudiera aspirar a la educación moderna y desempeñar un papel prominente en la sociedad. Por consiguiente, millones de cerebros de calidad fueron infrutilizados en el Estado indio.

China empezó a utilizar los recursos humanos que tenía disponibles en las capas más bajas de su sociedad mucho antes que India. La revolución comunista de Mao Zedong acabó con la mentalidad feudal que había dominado la sociedad china hasta principios del siglo XX. De este modo, cuando Deng introdujo la economía de libre mercado, China pudo despegar rápidamente, puesto que Mao ya había roto las barreras de clase para progresar.

La función pública más meritocrática del mundo en la actualidad no se encuentra en ningún país occidental, sino en Singapur. Esto se debe a que para captar los mejores cerebros para la función pública, el gobierno de Singapur paga a los funcionarios de mayor nivel casi lo mismo que el sector privado. Aplicando la nueva escala de remuneraciones de abril de 2007, el nivel más alto de la función pública puede llegar a ganar hasta 1,5 millones de dólares al año, más que el presidente de Estados Unidos y el primer ministro británico juntos. No es un precio muy alto si un país quiere progresar y tener éxito en un entorno mundial mucho más competitivo.

Pragmatismo

Japón fue el primer país asiático que se modernizó porque, presenciando cómo Europa colonizaba la mayor parte del mundo, se dio cuenta rápidamente de que tenía que cambiar y adaptarse. Los reformadores Meiji tuvieron un notable éxito a la hora de aplicar las mejores prácticas occidentales, y Japón emergió enseguida como una potencia importante. Los japoneses querían adoptar las mejores prácticas occidentales de cualquier país y estaban dispuestos a mezclar y combinar políticas de manera ecléctica. Por ejemplo, diseñaron su sistema educativo a partir del sistema centralizado francés, pero utilizaron el desarrollo curricular de Estados Unidos; pusieron el acento en la enseñanza primaria universal y después ampliaron la enseñanza secundaria; adoptaron el sistema alemán de selección para la función pública mediante exámenes, así como los sistemas occidentales en materia de jurisprudencia y derecho constitucional.

El mayor pragmático de la historia de Asia es probablemente Deng Xiaoping. De hecho, su definición del pragmatismo es posiblemente la mejor definición que existe para este término: “¿Qué importa si el gato es blanco o negro, con tal de que cace ratones?”. Deng utilizó esta expresiva definición del pragmatismo para justificar la decisión de apartarse de las rigideces ideológicas del comunismo.

No me cabe duda de que el espíritu pragmático se ha extendido ahora por toda la región. El Dr. Mahathir explicaba sus políticas pragmáticas en Malasia afirmando que el país debería adoptar una política que mirara a Oriente y aprendiera de Japón y Corea del Sur. Algo similar ocurrió cuando,

en 1991, Manmohan Singh, entonces ministro de Finanzas de India, fue objeto de los ataques de la izquierda por haber permitido inversiones extranjeras que llevarían a India a depender de Estados Unidos. Su respuesta fue que la capacidad demostrada por Singapur a la hora de desafiar los deseos del Gobierno de Estados Unidos en

“La forma más sencilla de entender las virtudes de la meritocracia es hacerse la siguiente pregunta: ¿por qué Brasil es sistemáticamente una superpotencia en el fútbol y no es todavía una superpotencia económica? La respuesta es que cuando busca talento para el fútbol, lo hace en todos los sectores de la población, desde las clases altas hasta las favelas.”

muchos ámbitos (a pesar de ser el mayor receptor per cápita de inversión extranjera) demostraba que una aceptación pragmática de inversión extranjera no implicaba la pérdida de independencia política.

Cultura de la paz

El eco más fuerte que procede hoy del Este asiático es un sonido que aún no ha percibido el resto del mundo: el de las armas silenciadas en la región. En las dos últimas décadas, se esperaba de forma natural que, con la emergencia de muchas nuevas potencias, Asia se vería dominada por la rivalidad y el conflicto, en lugar de por la paz y el entendimiento. Pero en el Este asiático no sólo se ha mantenido la paz durante más de dos décadas, sino que ha superado una tensión muy importante que podría haber activado conflictos en la región: la crisis financiera asiática de 1997-1998.

Algunos de los factores clave que han contribuido a ello son evidentes; el Este de Asia ha absorbido, casi por ósmosis, el quinto pilar de la sabiduría occidental: la cultura de la paz que se ha impuesto en las relaciones entre los estados occidentales desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Teniendo en cuenta los siglos de conflictos entre algunos de estos países, es realmente extraordinario que los países occidentales hayan alcanzado la cumbre de cualquier logro humano: no sólo no se ha producido ninguna guerra, sino que no hay perspectivas de guerra alguna entre dos naciones occidentales.

El crecimiento de clases medias acomodadas y con buena formación en la mayoría de las sociedades asiáticas también ha cambiado concepciones fundamentales de las aspiraciones que debería tener una sociedad; hacer que las economías crezcan juntas. China ha aprendido del ejemplo positivo del mundo occidental y del ejemplo negativo de la Unión Soviética, que implosionó por varias razones, incluida la decisión de centrarse en el desarrollo militar en lugar de hacerlo en el desarrollo económico.

Otro actor fundamental ha surgido de manera casi imperceptible: la ASEAN. Como en el caso de la UE, ha tenido el mismo éxito a la hora de prevenir guerras entre cualquiera de sus estados miembros. Pero existe al menos una dimensión en la que la ASEAN puede estar por delante de la UE: la diplomacia. En el mundo hay dos regiones balcanizadas: los Balcanes de Europa y el Sudeste Asiático. De hecho, en términos de diversidad de religión, raza, lengua, cultura, historia, etc., el Sudeste Asiático está mucho más balcanizado. El otro extraordinario logro diplomático de la ASEAN es su importantísima contribución a la hora de ofrecer puntos de encuentro para nuevas potencias asiáticas emergentes, como el foro ARF, el foro APEC, ASEM y la Comunidad de Asia del Este (CAE), y de crear ASEAN+3, el único foro donde los tres líderes del nordeste asiático pueden reunirse y abordar desafíos comunes.

Estado de derecho

El concepto occidental de Estado de derecho, según el cual todos los seres humanos deben ser tratados igual según la ley y todos los ciudadanos están sujetos a las mismas leyes, es contrario a las mentalidades asiáticas. A lo largo de la historia, la mayoría de los asiáticos han asumido que las clases gobernantes estaban por encima de la ley y que la única función de la ley era permitir a estas clases disciplinar a sus súbditos. Desde el punto de vista occidental, en cambio, la ley debe proteger al ciudadano individual del uso arbitrario de los poderes del gobierno. Es la aplicación concreta de un valor muy apreciado: el valor de la justicia. Los asiáticos están adoptando el Estado de derecho, no por razones éticas, sino por razones esencialmente funcionales.

La mayoría de los asiáticos entiende ahora que respetar el Estado de derecho debería hacerse naturalmente; de lo contrario no conseguirán establecer una economía moderna, que funciona basándose en la ley, al proporcionar un fundamento sobre el cual las personas pueden llegar a acuerdos justos y aplicados de manera eficiente. China es un claro ejemplo de ello. El reciente impulso para el estable-

cimiento en China de un sistema legal que incorpora conceptos occidentales se explica fundamentalmente por imperativos económicos. Una vez que China favoreció una economía de mercado apartándose del anterior sistema de planificación, las leyes se hicieron cada vez más vitales para regular las actividades económicas del país. Ejemplo de ello

son el establecimiento de un sistema de control de la legalidad y los cambios en las leyes y prácticas comerciales a los que se comprometió China cuando se incorporó a la OMC. En Asia, la mayoría de las élites reconocen que deben orientarse hacia un mayor respeto del Estado de derecho. También saben que es imposible construir una sociedad moderna y una economía moderna sin un Estado de derecho moderno.

Educación

A lo largo de la historia, todas las grandes civilizaciones han comprendido el valor de la educación. De hecho, el punto cumbre de cualquier civilización está a menudo asociado al desarrollo de grandes centros de aprendizaje. Habida cuenta del predominio de Occidente en los últimos siglos, no es sorprendente que las universidades más importantes se encuentren actualmente en Occidente. Si bien los asiáticos han integrado desde hace tiempo las virtudes de la educación occidental, hacer que la educación sea accesible a las masas es un fenómeno relativamente reciente. Según el informe de 2007 del Banco Mundial sobre la globalización, "el aumento de los niveles educativos también fue importante, impulsando el crecimiento de Asia de un 0,75% a un 2% de media".

Estados Unidos ha hecho más que ninguna otra sociedad por formar y educar a las élites asiáticas. Desde la Segunda Guerra Mundial, varios centenares de miles de asiáticos han estudiado en universidades de Estados Unidos y han regresado a sus países. La población total de estudiantes chinos en el extranjero entre 1978 y 2003 era de aproximadamente 580.000, y más de un 32% ha regresado a su país. India se ha beneficiado todavía más que China de su exposición a la educación estadounidense. En un reciente estudio informal llevado a cabo en la Escuela de Negocios de la Universidad de Chicago, más del 84% de los estudiantes de India encuestados expresaron su deseo de regresar a su país en un futuro próximo. Estos licenciados que regresan a sus países han favorecido el auge de Asia, ya que llevan consigo no sólo las competencias técnicas específicas que han aprendido en Estados Unidos, sino todo el *ethos* estadounidense, una perspectiva optimista de la vida y la creencia de que, con voluntad, se pueden crear grandes sociedades.

“ El eco más fuerte que procede hoy del Este asiático es un sonido que aún no ha percibido el resto del mundo: el sonido de las armas silenciadas en la región. ”

Como observó G. Gurucharan, secretario adjunto del Ministerio de Asuntos Indios en el Exterior: "En los años sesenta, cuando la gente se iba de India la palabra de moda era 'fuga de cerebros'. Ahora lo consideramos una 'ganancia de cerebros'".

El siguiente gran reto para las sociedades asiáticas consiste en desarrollar en su territorio universidades igual de importantes, y ya se ha producido un inicio prometedor. China es el país que más ha invertido en la creación de nuevas universidades o en la ampliación de las ya existentes. En 1949, cuando se constituyó la República Popular China, el país contaba con 205 universidades. En 2009, sesenta años después, cuenta con cerca de 3.000 universidades. India también ha comprendido el papel crucial de la enseñanza superior en su auge como potencia emergente en una economía globalizada. El objetivo de su 11º Plan Quinquenal (2007-2012) es aumentar un 5% la tasa de matrículas en la enseñanza superior, lo que supone absorber 8 millones de estudiantes más en el sistema de enseñanza superior. Además, en el *ranking* de las 100 primeras universidades del mundo publicado por el *Times Educational Supplement* en 2009, 16 se encuentran en Asia, y de las 30 primeras, cuatro están en Asia, incluyendo la Universidad de Tokyo, la Universidad de Hong Kong, la Universidad de Kioto y la Universidad Nacional de Singapur. Estos aumentos extraordinariamente importantes de los contactos entre las universidades de Estados Unidos y sus homólogas asiáticas ponen de manifiesto la nueva textura de la vida intelectual que encontramos actualmente en Asia. Pero la educación no es sólo cantidad, sino también calidad y audacia del pensamiento y la imaginación. "La principal tendencia que se manifiesta es que las generaciones jóvenes en China tienen una gran confianza en su futuro", afirma Viveca Chan, una de las pioneras en el estudio de los consumidores chinos. "Cuando yo iba al colegio, todo el mundo hablaba del 'sueño americano', y todo el mundo en China aspiraba a ir a Estados Unidos", declara Chan. "Hoy en día, una suerte de 'sueño chino' está tomando forma".

El impacto del auge de Asia en el orden mundial

Con el retorno natural de Asia al centro del escenario de la historia mundial, ha llegado también de manera natural el momento de reestructurar el orden mundial. La explicación más clara de por qué tiene que cambiar el mundo la ha dado el primer ministro de India, Manmohan Singh. En

diciembre de 2006, declaró: "Del mismo modo que el planeta se acomodó al rejuvenecimiento de Europa en el mundo de la posguerra, debe acomodarse ahora al auge de las nuevas economías asiáticas en los próximos años". Esto significa que necesitamos instituciones globales y nuevas "reglas de juego" globales que puedan facilitar el auge pacífico de nuevas naciones en Asia. También significa que las instituciones globales y los marcos de cooperación existentes deben evolucionar y cambiar para hacer sitio a esta nueva realidad.

"Con el retorno natural de Asia al centro del escenario de la historia mundial, ha llegado también de manera natural el momento de reestructurar el orden mundial.(...) La reestructuración será a la vez fácil y difícil. Será difícil porque no hay líderes naturales para llevar a cabo esta tarea, y será fácil porque está muy claro qué camino debemos seguir."

La reestructuración será a la vez fácil y difícil. Será difícil porque no hay líderes naturales para llevar a cabo esta tarea, y será fácil porque está muy claro qué camino debemos seguir. No tenemos que inventar nue-

vos principios para mejorar la gobernanza global, las "mejores prácticas" de buena gobernanza que ya funcionan en las sociedades nacionales pueden y deben aplicarse a la sociedad global.

De hecho, actualmente sólo hay cuatro candidatos reales capaces de convertirse en líderes mundiales: Estados Unidos, la UE, China e India. Está claro que Estados Unidos es el candidato con más posibilidades, como lo ha sido desde 1945. Pero los Estados Unidos de 2009 son muy diferentes de los Estados Unidos de 1945; son vulnerables y tienen mucha menos confianza en sí mismos. De forma similar, Europa ha dominado la historia del mundo. Pero Europa no ha sido capaz de extender su benéfica influencia fuera de su territorio. Ni los Balcanes ni el Norte de África se han beneficiado de su proximidad a la Unión Europea. Como potencia emergente, China podría eventualmente ocupar el lugar de Estados Unidos en el liderazgo mundial. Sin embargo, para asumir el liderazgo mundial, deberá superar una de sus tendencias naturales, que consiste en mantenerse aislada. La mentalidad china siempre se ha centrado en desarrollar la civilización china, no en desarrollar la civilización mundial. A la vista de las abrumadoras preocupaciones internas de los líderes chinos, éstos no se muestran muy interesados por liderar el mundo. A diferencia del liderazgo chino, el liderazgo indio es más cosmopolita; la mayoría de las élites se han formado en las mejores universidades occidentales, hablan inglés con fluidez y han desarrollado sólidas redes personales con las élites occidentales. Sin embargo, India, en términos de fortaleza nacional, es con diferencia la más débil de los cuatro candidatos: su PIB es de tan sólo 1,2 billones de dólares frente a los 14,2 billones de dólares de Estados Unidos, los 18,4 billones de la UE y los 4,3 billones de China, y cuenta, además, con enormes bolsas de pobreza, importantes desafíos en materia de desa-

rollo y muchas otras preocupaciones apremiantes a nivel nacional y regional.

En ausencia de un líder mundial natural, deberemos recurrir entonces a principios probados para generar un orden político y social. Tres de los mejores principios son occidentales: democracia, Estado de derecho y justicia social. Asia despegó imbuyéndose de los siete pilares de la sabiduría occidental; el mundo puede convertirse en un lugar mejor si se implantan estos tres principios occidentales. También podemos complementarlos con las antiguas virtudes de colaboración y pragmatismo. En definitiva, que aún hay esperanza.

El principio en el que se fundamenta el gobierno de la sociedad occidental es la democracia basada en la premisa de que todos los seres humanos son iguales en el orden nacional. El principio de “una persona, un voto”, genera estos resultados. A escala global, no estamos preparados para avanzar hacia el principio de “una persona, un voto”, porque entonces tendríamos un gobierno global controlado por chinos, indios y musulmanes, lo que no resulta políticamente realista. Por tanto, un gobierno global no es la respuesta, pero la gobernanza global sí lo es. Debemos desarrollar instituciones y reglas para gestionar el mundo en su conjunto.

Occidente sabe que el espacio político y económico que ocupa en el mundo se está reduciendo. La consecuencia lógica es que el dominio occidental en varias instituciones globales también deberá reducirse, una perspectiva que no es del agrado de muchos países occidentales. Estados Unidos y la UE representan menos del 12% de la población mundial, pero controlan el 50% de los votos en el FMI. Además, existe un acuerdo tácito pero firme de que el presidente del FMI debe proceder de un país de Europa Occidental y el presidente del Banco Mundial debe ser un estadounidense. La sobrerrepresentación y las reglas que descalifican al 88% de la población mundial para acceder a la dirección de una institución económica mundial son intrínsecamente insostenibles.

No resulta difícil concebir acuerdos que impliquen una mayor representación de la mayoría de la población mundial. Si queremos inyectar el espíritu de la democracia a la gobernanza global y a la toma de decisiones global, debemos adoptar un proceso claro y transparente para elegir a los presidentes de estas organizaciones, en el que la meritocracia y no la nacionalidad sea la consideración clave.

El segundo principio fundamental que sostiene a la sociedad global es el Estado de derecho. Este principio insiste en que ninguna persona, con independencia de su estatus, está por encima de la ley. Sin embargo, a los estadounidenses se les educa para creer que su sistema democrático es el mejor del mundo. A la vista de esto, Estados Unidos se otorga a sí mismo el derecho de no estar sujeto a ninguna disposición obligatoria de ninguna ley internacional. De este modo, Estados Unidos se ha convertido a la vez en un modelo a la hora de aplicar el Estado de derecho en su país y en un proscrito de la ley internacional, en el sentido de que se niega a reconocer las imposiciones del derecho internacional. Con el tiempo, a medida que el mundo se va reduciendo, Estados Unidos se dará cuenta de que es sensato aplicar al resto del mundo los mismos principios que aplica para mantener el orden social en su territorio: un único Estado de derecho para todos los pueblos y naciones.

El tercer principio que explica el orden social y la estabilidad de las sociedades occidentales modernas es el principio de justicia social. La desigualdad se acepta en la medida en que se cree algún tipo de red de seguridad en materia social para ayudar a los muy pobres y a los desposeídos, como

“ El principio en el que se fundamenta el gobierno de la sociedad occidental es la democracia (...) [Sin embargo] A escala global, no estamos preparados para avanzar hacia el principio de ‘una persona, un voto’, porque entonces tendríamos un gobierno global controlado por chinos, indios y musulmanes, lo que no resulta políticamente realista. Un gobierno global no es la respuesta, pero la gobernanza global sí lo es.”

señala John Rawls en su famoso libro. Rawls afirmaba que el orden más justo es aquel donde los menos acomodados están en mejor situación que en cualquier otro esquema concebible. El mundo sería un lugar mucho más feliz si los principios de Rawls pudieran aplicarse universalmente. En Occidente muchos piensan que están aplicando el principio de justicia social globalmente a través de

la ayuda exterior masiva que se proporciona al mundo en desarrollo. Según datos de la OCDE, los miembros de esta organización aportan cada año unos 103.900 millones de dólares. Según el discurso occidental, Occidente ha hecho una transferencia masiva para ayudar a los países pobres, pero los países pobres han fracasado. En realidad, la ayuda de Occidente, por lo general, no ha conseguido ayudar a los países pobres porque está estructurada para promover los intereses naturales de los países donantes, no para ayudar a los países pobres.

Por eso el auge de Asia puede contribuir a generar un orden mundial más estable. Aborda el desafío de mejorar la justicia social a escala global. Occidente esgrime que lo ha intentado y ha fracasado. Los países asiáticos lo han intentado y lo han conseguido. Al hacerlo, han hecho una contribución masiva para que el siglo XXI sea un siglo más pacífico.

La aplicación de los tres principios occidentales supondrá un gran avance para crear un orden mundial más estable. Pero Occidente no podrá aplicarlos solo. Es aquí donde puede que Occidente también tenga que romper moldes. Hasta ahora, las asociaciones que más éxito han tenido han sido Occidente-Occidente, por ejemplo la Alianza Trans-Atlántica. Pueden crearse asociaciones Oriente-Occidente igual de sólidas. Pero al trabajar con socios de otras culturas y civilizaciones, Occidente deberá frenar sus impulsos ideológicos y aprender a ser más pragmático. China ha tenido que superar algunas de sus limitaciones culturales para entrar en el mundo de un modo nuevo. Puede que Europa tenga que hacer lo mismo.

Estados Unidos tuvo éxito durante dos siglos gracias a su sentido común. Al contrario que Europa, Estados Unidos dio

un salto adelante gracias a su voluntad de desafiar la sabiduría convencional e intentar nuevos enfoques. Al entrar en uno de los periodos de cambio más intensos experimentados por la humanidad, Estados Unidos está abandonando su inclinación pragmática cuando más la necesita. Estamos adentrándonos en un terreno político y económico muy incierto. Sería una locura asumir que las asunciones ideológicas occidentales de los siglos XIX y XX funcionarán necesariamente en el siglo XXI. Sería más sensato mantener la mente abierta y desafiar toda asunción ideológica arraigada en nuestra mente. El pragmatismo y la colaboración, combinados con los principios occidentales de democracia, Estado de derecho y justicia social, son los mejores espíritus directores que podemos tener para intentar reestructurar el orden mundial de manera que se adapte al nuevo equilibrio de poder del siglo XXI.